

SILENCIO, POR FAVOR

ARTHUR C. CLARKE

Ya que lo hace observar, le diré que los enemigos del Profesor siempre tuvieron una extraordinaria facilidad para verlo desde sus aspectos menos favorables. Pero creo que su insinuación es algo injusta. Se trata de una persona realmente bondadosa que no haría daño ni a una mosca. No digo que no se comporte a veces como un viejo gruñón, pero siempre es honrado y franco, sin doblez. Bueno, casi siempre. Quizás ésta fue la excepción. Y usted debe admitir que Sir Roderick merecía todo lo que le ocurrió.

Cuando le conocí, el Profesor acababa de salir de Cambridge y luchaba ya por sostener la solvencia de la Compañía. Creo que en ocasiones lamentaba haber abandonado los claustros académicos por la tumultuosa y combativa industria, pero un día me confesó que disfrutaba al poner su ingenio a prueba por primera vez en su vida. Electron Products (1960) Ltd., estaba precisamente a punto de cubrir sus gastos cuando ingresé a ella. Nuestro negocio principal era la Integradora Harvey, una calculadora electrónica, pequeña y compacta, que podía hacer casi todo lo que un analizador diferencial y por una décima parte de su costo. Se vendía continuamente a las universidades y organismos de investigación y es aún el favorito del Profesor. Siempre lo está perfeccionando y el modelo 15 saldrá al mercado dentro de algunas semanas.

En aquella época, sin embargo, el Profesor contaba sólo con dos ventajas en su activo. Una era la buena voluntad del mundo académico, que lo consideraba algo loco pero admiraba secretamente su valer y firmeza; sus antiguos colegas del Cavendish tenían en excelente concepto sus productos y ponían a su disposición una buena cantidad de investigaciones útiles. La otra residía en la escasa perspectiva mental de los hombres de negocios con que trataba, quienes daban por sentado que un ex-profesor de universidad sería tan ignorante en la estrategia comercial como un bebé recién nacido. Y esto era justamente lo que el Profesor deseaba que pensarán de él. Algunos pobres ingenuos siguen aún patéticamente fieles a esa teoría.

Fue precisamente la Integradora Harvey lo que provocó el primer conflicto entre Sir Roderick y el Profesor. Tal vez nunca hayan visto al Dr. Harvey; es una rara criatura que corresponde perfectamente a la imagen popular de un científico. Un genio, desde luego, pero de esos que deben ser encerrados en su laboratorio y alimentados con cuchara a través de una ventanilla en la puerta. Sir Roderick hizo una floreciente colección de negocios con científicos desvalidos como Harvey. Cuando el control estatal puso fin a la mayor parte de sus turbias operaciones, tendió una mano generosa al estímulo de inventos originales. La Ley de Empresas Privadas (Limitaciones) de 1955 había tratado de seguir esta política, pero no en la forma que a Sir Roderick le interesaba. Éste se aprovechó de las exenciones de impuestos y, al mismo tiempo, mantuvo su prosperidad, apoderándose de patentes fundamentales de inventores tan poco despabilados como Harvey. Alguien le llamó una vez salteador de caminos científico, lo que constituye una lograda definición.

Cuando Harvey nos vendió los derechos de su calculadora, se retiró a su laboratorio privado y no volvimos a saber de él hasta un año más tarde. Publicó entonces un estudio en el *Philosophical Magazine*, donde describía un maravilloso circuito para calcular integrales múltiples. El Profesor no lo leyó hasta algunas semanas después ya que Harvey, por supuesto, no se acordó nunca de

mencionarlo por hallarse muy atareado en otra cosa parecida. La dilación fue fatal. Uno de los sabuesos de Sir Roderick (de los que éste obtenía a buen precio una excelente información técnica) había obligado al pobre Harvey a vender su descubrimiento por una fruslería a Fenton Enterprises.

El Profesor, naturalmente, se puso furioso. Harvey quedó muy contrito cuando se dio cuenta de lo que había hecho y prometió no volver a firmar nunca nada antes de consultarnos. Pero el daño ya estaba hecho y Sir Roderick comenzaba a percibir sus mal adquiridas ganancias, esperando que nosotros intentásemos negociar con él.

Yo hubiese dado cualquier cosa por estar presente en esta entrevista pero, desgraciadamente, el Profesor insistió en ir solo. Regresó una hora más tarde con el rostro encendido y muy molesto. El viejo tiburón había pedido cinco mil libras esterlinas por las patentes de Harvey, lo que representaba un poco menos de nuestro remanente por aquel entonces. Comprendimos que la despedida del Profesor había carecido de cortesía. En efecto, le respondió a Sir Roderick que se fuera al infierno, y señalándole un posible itinerario.

El Profesor desapareció en su oficina y le oímos dar vueltas durante unos minutos. Después salió con su sombrero y abrigo.

—Me estoy asfixiando aquí —dijo—. Vámonos lejos de la ciudad. Miss Simmons puede ocuparse de todo. ¡Venga!

Estábamos ya acostumbrados a estos arranques del Profesor. Al principio los creímos una excentricidad, pero ahora le conocíamos mejor. En momentos de crisis, una salida repentina al campo podía producir maravillas y compensar de sobra el tiempo de oficina perdido. Además, era una deliciosa tarde a fines del verano.

El Profesor condujo su gran Alvis —su único lujo y muy necesario para él— a lo largo de la nueva Great West Road, hasta salir de los límites de la ciudad. Abrió entonces los rotores y nos remontamos en el cielo hasta unos doscientos metros sobre la campiña que se extendía debajo. Muy lejos divisamos las blancas sendas de Heathrow y un gran avión de línea, de trescientas toneladas, que descendía hacia ellas con los propulsores a chorro parados.

—¿Dónde vamos? —preguntó George Anderson, entonces nuestro director gerente. Paul Hargreaves, el otro miembro de la partida (usted no le conocerá porque se pasó a la Westinghouse hace un par de años), era ingeniero de producción y de los mejores. Tenía que serlo para no desmerecer del Profesor.

—¿Qué les parece Oxford? —sugerí yo—. Sería un contraste agradable después de nuestras ciudades-satélite sintéticas.

Nos decidimos pues por Oxford. Pero antes de llegar, el Profesor se fijó en unas colinas de muy buen aspecto y cambió de idea. Descendimos en círculo sobre una llana extensión de brezal que dominaba un largo valle. Parecía haber formado parte de una amplia hacienda privada, como las que existían antaño. Hacía mucho calor y abandonamos el aparato, arrojando ropas de abrigo sobrantes en todas direcciones. El Profesor extendió cuidadosamente su sobretodo encima del *brezo* y se ovilló en él.

—No me despierten hasta la hora del té—fueron sus instrucciones. Cinco minutos después estaba profundamente dormido.

Charlamos en voz baja durante un rato, echándole una ojeada de vez en cuando para asegurarnos que no se despertaba. Adquiría un aspecto extrañamente joven al relajarse su rostro durante el sueño. Resultaba difícil imaginar que tras esta plácida expresión se desarrollara toda una complicada gama de maquinaciones, entre ellas la ruina de Sir Roderick Fenton.

Creo que finalmente dormitamos todos un poco. Era una de aquellas tardes en las que hasta el rumor de los insectos parece apagado. El calor era casi visible y las colinas lanzaban destellos a nuestro alrededor.

Me despertó un gigantesco estrépito. Durante un instante seguí tendido, sin darme cuenta apenas de la naturaleza de la perturbación. Los demás se agitaron también y miramos en torno, encolerizados.

Cuatro kilómetros más allá, un helicóptero flotaba sobre una pequeña aldea cuyas casas se desparramaban a través del lejano extremo del valle. Estaba bombardeando a sus habitantes con propaganda electoral y, a intervalos de pocos minutos, el viento nos traía al azar algunos fragmentos de discursos. Continuamos descansando un rato más, tratando de descubrir que partido era responsable del desaguisado, pero los altavoces no hacían más que ensalzar las virtudes de un tal Mr. Snooks, y no descubrimos nada nuevo.

—No tendrá mi voto —exclamó Paul, colérico—. ¡Vaya modales! Ese angelito debe ser un socialista.

Esquivó a tiempo el zapato de Anderson.

—Puede que los aldeanos hayan pedido que se les hable —dijo con escasa convicción en un intento de restablecer la paz.

—Lo dudo —repuso Paul—. Hay que protestar por principios. Es..., es una violación de la vida privada. Como escribir en el cielo.

—No diría yo que el cielo sea una cosa íntima —comentó George—. Pero comprendo lo que quiere expresar.

He olvidado el exacto desarrollo de la controversia, pero eventualmente se desvió hacia una discusión acerca de los sonidos molestos en general y de Mr. Snooks en particular. Paul y George observaban el helicóptero desapasionadamente, cuando el segundo declaró:

—Me gustaría que fuera posible establecer una especie de barrera al sonido donde lo deseara. Siempre creí que los tapones para los oídos de Samuel Butler eran una buena idea, aunque no podían ser muy eficaces.

—Lo fueron desde su punto de vista —repuso Paul—. Hasta el peor pelmazo se desanimaría si uno se colocara ostentosamente en las orejas un par de tapones en cuanto se acercara. Pero la idea de una barrera sonora me parece intrigante. Lástima que no pueda ponerse en práctica sin suprimir el aire, cosa un tanto difícil.

El Profesor no había intervenido en la conversación. De hecho parecía haberse vuelto a dormir. Pero luego, con un amplio bostezo, se levantó.

—Es la hora del té —dijo—. Vamos a casa de Max. Le toca pagar, Fred.

Un mes más tarde, aproximadamente, el Profesor me llamó a su oficina. Como era su agente de publicidad y apoderado, ensayaba en mí nuevas ideas para comprobar si las comprendía y las veía de alguna utilidad. Heargreaves y yo constituíamos el lastre que conservaba al Profesor en contacto con la tierra. Pero no siempre teníamos éxito.

—Fred —comenzó—, ¿recuerda lo que George dijo el otro día acerca de una barrera de sonido?

Tuve que reflexionar un instante antes de acordarme.

—Ah, sí..., una idea disparatada. Supongo que no pensará en ella seriamente...

—Humm. ¿Qué sabe usted sobre interferencias de ondas?

—No mucho. Explíquese.

—Suponga que tiene usted un tren de ondas, una cresta aquí, un seno allí, y así sucesivamente. Ahora toma usted otro y lo superpone con el primero. ¿Qué obtendrá?

—Bueno, me figuro que dependerá del modo de hacerlo.

—Justamente. Imaginemos que se dispone de forma que el seno de una onda coincida con la cresta de la otra, y así sucesivamente, a lo largo del tren.

—Entonces resultará una completa anulación..., nada absolutamente. ¡Santo cielo...!

—Exacto. Ahora vamos a considerar una fuente de sonido. Junto a ella puso un micrófono y empleó el circuito de salida para alimentar lo que llamaremos un amplificador inverso. Éste acciona un altavoz, y todo el conjunto queda organizado de modo que el circuito de salida se conserva automáticamente a la misma amplitud que el de entrada, sólo que desfasado con él. ¿Cuál será el resultado?

—No parece razonable..., pero en teoría obtendríamos un silencio absoluto. Tiene que haber un fallo en alguna parte.

—¿Dónde? No es más que el principio de realimentación, que se viene utilizando en la radio desde hace años.

—Sí, ya lo sé. Pero el sonido no consiste simplemente en crestas y senos, como las olas del mar. Es una serie de compresiones y rarefacciones de la atmósfera, ¿no es así?

—Cierto. Pero no afecta al principio en lo más mínimo.

—No creo que sirviera. Debe existir alguna cosa que usted ha...

Y entonces sucedió algo extraordinario. Seguía aún hablando, pero no podía oír mi voz. La habitación se había quedado de pronto completamente silenciosa. Ante mis ojos el Profesor tomó un pesado pisapapeles y lo dejó caer sobre la mesa. Hubo un choque y un rebote, en absoluto silencio. Entonces movió su mano y, de pronto, el sonido entró a raudales en la habitación.

Me senté momentáneamente aturdido.

—¡No es posible!

—Muy bien, ¿quiere otra demostración?

—Es increíble... ¿Dónde lo ha ocultado?

El Profesor sonrió bonachonamente y tiró de uno de los cajones de su mesa. Dentro había un curioso amasijo de piezas. Por los goterones de soldadura, los alambres retorcidos y pegados unos con otros y por el desaliño general, juraría que el Profesor lo había hecho con sus propias manos. El circuito en sí parecía muy sencillo; seguramente menos complejo que una radio moderna.

—El altavoz, si podemos llamarlo así, está allí, tras las cortinas de esta habitación. Sin embargo, no hay razón para que el equipo no pueda ser compacto e incluso portátil.

—¿Qué alcance le ha conseguido usted? Quiero decir que debe haber un límite para esa cosa infernal.

—No he hecho pruebas exhaustivas, pero este aparato puede ajustarse para producir un silencio total en un radio de acción de seis metros. De rebasarse a lo largo de otros seis metros los sonidos se amortiguan, y aún más allá recobran su intensidad normal. Se puede cubrir el área que se desee, basta con aumentar la potencia. El aparato tiene un circuito de salida de unos tres vatios de sonido negativo y no domina ruidos *muy* intensos. Pero creo que podré construir un modelo capaz de silenciar el Albert Hall, si se quiere, o incluso mejor el estadio de Wembley.

—Bueno, ya que lo ha conseguido, ¿qué pretende obtener con ello?

El Profesor sonrió dulcemente.

—Ese es *su* trabajo... Sólo soy un científico poco práctico. Pero supongo que habrá un montón de aplicaciones. Y no diga nada a nadie; necesito conservarlo como una sorpresa.

Estaba ya acostumbrado a estas cosas, así que presenté mi informe al Profesor algunos días después. Busqué datos en la sección de producción con Hearnreaves y fabricar el equipo parecía muy sencillo. Todas las piezas eran comunes; hasta el amplificador inverso no tenía misterio alguno cuando se conocía su composición. No resultaba difícil imaginar toda clases de usos para el invento y realmente me dejé llevar. En su estilo, era el mecanismo más inteligente que el Profesor había diseñado. Estaba convencido que podríamos convertirlo en una provechosa fuente de beneficios.

El Profesor leyó mi informe detenidamente. Pareció vacilar un poco en uno o dos puntos.

—No veo el modo de emprender la fabricación del Silenciador —dijo, bautizándolo por primera vez—. No disponemos de instalaciones ni de personal, y necesito dinero en el acto, no dentro de un

año. Fenton llamó ayer para decirme que había encontrado un comprador para las patentes de Harvey. No me fío de él, pero quizá diga la verdad. La integradora es mucho más importante que esto.

Me sentí decepcionado.

—Podríamos vender la licencia a cualquiera de las grandes firmas de radio.

—Tal vez sea la mejor solución. Pero tengo que considerar uno o dos puntos más. Voy a darme una vuelta por Oxford.

—¿Por qué Oxford?

—Oh, no todos los buenos cerebros están en Cambridge...

No le volvimos a ver en tres días. Cuando regresó, parecía bastante complacido consigo mismo. Pronto descubrimos el motivo. En el bolsillo traía un cheque por diez mil libras extendido a R. H. Harvey y endosado a Electron Products. Estaba firmado por Roderick Fenton.

El Profesor se instaló plácidamente en su despacho, sin reparar en nuestras miradas de furia. El más encolerizado era Anderson. Después de todo, se le *suponía* el director gerente. Pero lo que le ponía más fuera de sí era el hecho que Sir Roderick hubiese comprado el Silenciador. No podíamos admitirlo.

El Profesor parecía muy alegre mientras aguardaba a que nos calmásemos. Al parecer consiguió que Harvey vendiera el Silenciador a Fenton como invención suya, para camuflar con ello su verdadero origen. El financiero había quedado gratamente impresionado por el mecanismo y lo había adquirido sin vacilar. Si el Profesor deseaba conservarse al margen de la transacción, no podía haber escogido mejor intermediario que el cándido Dr. Harvey. Era la última persona de la que alguien sospecharía.

—Pero, ¿por qué se ha dirigido a este viejo ladrón? —nos lamentábamos—. Aunque ha obtenido un buen precio, lo que ya es sorprendente de por sí, ¿no podía venderlo a una persona honrada?

—No importa —respondió el Profesor, abanicándose con el cheque—. No podemos despreciar diez mil libras por un mes de trabajo, ¿verdad? Ahora puedo comprar las patentes de Harvey y complacer al mismo tiempo a mis banqueros.

Esto fue todo lo que pudimos sonsacarle. Nos despedimos en un estado de incipiente rebelión, que continuó aunque la nueva calculadora absorbió todo nuestro tiempo durante las semanas sucesivas. Sir Roderick había entregado las preciosas patentes sin más dificultades. Probablemente se sentía muy satisfecho con su nuevo juguete.

El Silenciador Fenton apareció en el mercado con gran alarde de publicidad unos seis meses más tarde y casi causó sensación. El primer modelo fue ofrecido a la sala de lectura del Museo Británico y la propaganda que constituyó bien valía el costo de la instalación. Mientras los hospitales se apresuraban a encargarse de equipos, permanecíamos en un estado de mudo abatimiento, mirando acusadoramente al Profesor, que no parecía darle importancia.

Ignoro por qué Sir Roderick puso a la venta el silenciador portátil. Es probable que alguna persona interesada le sugiriese la idea. Se trataba de un juguete muy ingenioso, diseñado en forma de

pequeña radio de transistores y, al principio, se ofreció solamente como novedad. Poco después, el público descubrió su utilidad en ambientes ruidosos. Y entonces...

Por pura casualidad, asistí al estreno de la sensacional ópera de Edward England. No es que yo sea especialmente aficionado a la ópera, pero un amigo tenía una entrada sobrante y me prometió que sería un espectáculo memorable. Y lo fue.

Los periódicos habían estado hablando de la ópera durante las últimas semanas, sobre todo por el revolucionario empleo de instrumentos eléctricos de percusión. La música de England había sido motivo de controversia durante años. Sus defensores y detractores libraron casi una batalla campal antes de la representación, pero ello no ofrecía nada de particular. La gerencia del Sadler's Wells había dispuesto previsoramente de una cantidad desusada de policías y solamente se registraron algunos abucheos y rechiflas al alzarse el telón.

Por si no conoce usted la ópera, le diré que se trata de uno de esos dramas, fuertes y realistas, tan populares hoy. La acción se desarrolla en la última era victoriana, y los personajes principales son Sarah Stampe, la apasionada administradora de correos; Walter Partridge, el saturnino guardabosques, y el hijo del amo, cuyo nombre no recuerdo. Es la vieja historia del eterno triángulo, complicado con la aversión de los aldeanos hacia lo nuevo; en este caso, un sistema telegráfico que las viejas de la localidad predicen como perjudicial para la leche de las vacas y perturbador para la procreación de los corderos.

Ya sé que esto suena bastante confuso e improbable, pero la óperas siempre parecen ser de esta manera. Sea como fuere, no falta el conocido drama de los celos. El hijo del terrateniente no quiere casarse en la Oficina de Correos, y el guardabosque, enloquecido por su repulsa, trama el desquite. La tragedia alcanza su terrible clímax cuando la pobre Sarah, estrangulada con una cinta de hacer paquetes, es descubierta en el departamento de cartas no reclamadas dentro de un saco de correos. Los aldeanos cuelgan a Partridge del poste del telégrafo más próximo, con gran disgusto de los operarios encargados de la línea; el hijo del terrateniente se da a la bebida, o se va a las Colonias, y eso es todo.

Me imaginé toda la trama desde que comenzó la obertura. Quizá resulte una persona anticuada, pero, de todas formas, este género moderno me deja frío. Me gusta la música que tenga melodía, pero parece que nadie cultiva ya ese estilo. No tengo paciencia con estos compositores modernos..., denme ustedes Bliss, Walton, Stravinsky y otros músicos pasados de moda.

La cacofonía se extinguió entre vítores y rechifla, mientras se alzaba el telón. La escena se situaba en la plaza de la aldea, en Doddering Sloughleigh, alrededor de 1860. Entra la heroína leyendo postales llegadas en el correo matutino. Halla una carta dirigida al joven terrateniente y en seguida rompe a cantar.

El aria inicial de Sarah no fue tan mala como la obertura, pero sí bastante triste y austera. A juzgar por las apariencias, resultó tan penosa de cantar como lo fue de escuchar. Pero sólo tuvimos que escuchar los primeros compases, porque bruscamente descendió un familiar manto de silencio sobre el Teatro de la Ópera. Por un momento debí ser la única persona de aquel inmenso auditorio que sabía lo que había ocurrido. Todos parecían petrificados en sus butacas, al tiempo que los labios de la cantante seguían sin producir un sonido. Hasta que ella también comprendió la verdad. Su boca se abrió con lo que hubiera sido un chillido penetrante en cualquier otra circunstancia, y salió disparada hacia los bastidores entre un diluvio de postales.

Lamento confesar que lloré de risa durante los diez minutos siguientes. El caos fue indescriptible. Gran número de personas habían descubierto lo ocurrido y trataban de explicarlo a sus amigos. Pero, como es natural, no podían, y sus esfuerzos para lograrlo resultaban increíblemente cómicos. Al poco rato, comenzaron a pasarse trozos de papel y a mirarse también con recelo unos a otros. Sin embargo, el culpable gozaba de un buen escondite, porque no llegó a descubrirse.

¿Quién fue? Sí, supongo que es posible. Nadie podía sospechar de la orquesta. También pudo ser un motivo; no había reparado en ello. El caso es que los periódicos del día siguiente fueron implacables con Sir Roderick y exigieron una investigación. Las acciones de la Fenton Enterprises comenzaron a hacerse impopulares. Y el Profesor tenía un aspecto más alegre que en los días precedentes.

El episodio del Sadler's Wells inició una avalancha de incidentes similares, no importantes, pero todos divertidos. Algunos de los responsables fueron capturados y, entre la consternación general, se descubrió que no existía ninguna ley que permitiera aplicarles una acusación. Mientras el Lord Canciller intentaba hacer extensiva al caso la Ley de Hechicerías, tuvo lugar el segundo escándalo grave.

Siempre tengo a mano un ejemplar del *Hansard*¹, pero al parecer alguien me lo ha quitado. Y mis sospechas se dirigen hacia el Profesor. ¿Recuerda usted aquel deplorable incidente? El Parlamento discutía los Presupuestos Civiles, los ánimos se iban caldeando y el Canciller del Echiquier golpeaba la mesa con los puños, cuando de repente se acalló el estrépito. Fue exactamente como en el caso del Sadler's Wells, con la única excepción que ahora todo el mundo conocía el motivo.

La sesión se convirtió en un silencioso pandemónium. Cada vez que un orador de la oposición se disponía para hablar, se borraba el campo sonoro y, de este modo, el debate se hizo unilateral. Las sospechas recayeron en un infortunado liberal a quien se le había ocurrido llevar una radio portátil. Fue prácticamente linchado, mientras prodigaba mudas protestas de inocencia. La radio quedó destrozada, pero los silencios continuaron. El locutor se levantó para intervenir y se le hizo callar. Esta fue la gota de agua que desbordó el vaso, y salió furioso de la sala, terminando el debate en un desorden sin precedentes.

Sir Roderick debía sentirse por aquel entonces muy enojado con el Silenciador, al que su nombre había quedado irrevocablemente unido por su propio engreimiento. Todo el mundo estaba furioso contra él. Pero nada realmente serio había ocurrido aún. Hasta que...

Poco tiempo antes, el Dr. Harvey nos había llamado para darnos la noticia que Fenton le necesitaba para diseñar un equipo de gran potencia, un pedido especial. El Profesor lo llevó a cabo, por unos honorarios bastante elevados. Por mi parte, continuaba muy sorprendido al ver que Harvey llevase adelante el fingimiento con tanto éxito, pero el caso es que Sir Roderick nunca sospechó nada. Obtuvo su super-silenciador, Harvey consiguió el mérito y el Profesor recibió el dinero al contado. Cada cual quedó satisfecho, incluso el cliente. Porque un par de días después del incidente en la Cámara de los Comunes, se produjo un robo en una joyería de Hatton Garden a primeras horas de la tarde, en plena luz del día. Lo más extraordinario del suceso fue que una caja de caudales había sido volada, sin que nadie oyera *ni a los asaltantes ni la explosión*.

¡El colmo! Esa fue precisamente la opinión de Scotland Yard. Y Sir Roderick comenzó a experimentar deseos de no haber oído hablar jamás del Silenciador. Podía probar, desde luego, que

no tenía la menor idea del uso que pudiera hacerse del modelo especial encargado a su firma. Obviamente, la dirección del cliente había resultado falsa.

Al día siguiente, la mitad de los periódicos ostentaban grandes titulares: «EL SILENCIADOR FENTON DEBE SER PROHIBIDO». Su unanimidad hubiese parecido desconcertante de no saberse que el Profesor estableció desde tiempo atrás excelentes relaciones con todos los reporteros científicos del *Fleet Street*. Por otra extraña coincidencia, un agente de una compañía americana visitó a Sir Roderick aquel mismo día con una oferta de compra inmediata del Silenciador. Su visita coincidió con la salida de los detectives, y cuando la resistencia de Sir Roderick se hallaba en su más bajo nivel. La transacción se llevó a efecto por veinte mil dólares y creo que el financiero quedó satisfecho de haberse desembarazado de las patentes.

El Profesor, por su parte, parecía muy alegre cuando nos llamó a su oficina la mañana siguiente.

—Creo que debo disculpas a todos ustedes —explicó—. Sé lo que sintieron cuando vendí el Silenciador. Sin embargo, lo hemos recuperado y creo que todos hemos hecho un buen trabajo, a excepción de Sir Roderick, cuyo corazón Dios bendiga.

—No presuma tanto —repuso Paul—. Ha tenido una suerte loca, nada más.

El Profesor se mostró molesto.

—Admito que ha existido algo de suerte —convino—. Pero no tanta como cree. ¿Recuerda mi excursión a Oxford después de recibir el informe de Fred?

—Sí. ¿Qué tiene que ver?

—Bueno, fui a ver al doctor Wilson, el sicólogo. ¿Conoce sus trabajos?

—No mucho.

—Lo suponía; no ha publicado aún sus conclusiones. Pero ha desarrollado lo que denomina las matemáticas de la psicología social. Resulta muy complicado, pero asegura que es capaz de expresar las características de una sociedad en forma determinante de un centenar de columnas. Si se quiere saber lo que ocurrirá en dicha sociedad en determinadas circunstancias —por ejemplo, cuando se aprueba una nueva ley— hay que multiplicar por otra matriz. ¿Capta la idea?

—Vagamente.

—Los resultados son puramente estadísticos, por supuesto. Es más una cuestión de probabilidades, como los seguros de vida, que de certidumbre. Tenía mis dudas acerca del Silenciador desde el principio, y me preguntaba qué ocurriría si no se restringiese su uso y su difusión. Wilson me lo explicó; no con detalle, naturalmente, sino en líneas generales. Predijo que si un uno por ciento, digamos, de la población los utilizaba, los silenciadores tendrían que ser prohibidos antes de un año. Y si elementos criminales comenzaban a usarlos, la perturbación surgiría mucho antes.

—¡Profesor! ¿No pretende decir que...?

—¡Santo Dios, no! ¿Por quién me ha tomado? Todo *fue* un golpe de suerte, aunque tenía que ocurrir más pronto o más tarde. Lo único que me sorprende es que haya pasado tanto tiempo sin que nadie pensara en ello.

Le miramos sin hablar.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Necesitaba el Silenciador y el dinero. Corrí un albur, y me salió bien.

—Sigo creyendo que es usted un tramposo —dijo Paul—. ¿Y qué piensa hacer con el aparato ahora que ha conseguido recuperarlo?

—Tendremos que aguardar hasta que se olvide todo este alboroto. Por lo que he comprobado, los aparatos vendidos por la Fenton Enterprises, volverán a sus talleres para ser reparados en el plazo de un año, así que podremos deshacernos de ellos. Entretanto, nuestros modelos estarán listos para salir al mercado, debidamente reformados, integrados en una estructura, por lo que no podrán ocasionar más accidentes. Y serán alquilados, no vendidos al contado. Tal vez les interesará saber que estoy esperando un importante pedido de la Empire Airways. Los cohetes atómicos producen un estrépito infernal y nadie hasta ahora ha sido capaz de amortiguarlo.

Tomó sus papeles y los estrujó cariñosamente.

—Este es un buen ejemplo de los inescrutables designios de la Providencia. Les demostraré que la honradez siempre triunfa y que aquel cuya causa es justa...

Todos nos adelantamos al unísono. Y le costó bastante rato sacar la cabeza desde la papelera.

FIN

[*] Diario Oficial de Actas de las Sesiones del Parlamento Inglés.

Libros Tauro